

Qué hay en la lejanía que nos atrae de una manera irremediable? ¿Quizás transformamos esta extensión que se nos escapa en una metáfora del deseo de eternidad que todos querríamos probar? Por imposible que ahora nos parezca, hubo una época en que partir era un verbo cargado de incertidumbres. El viaje sólo se podía conjugar en clave desconocida, y enfrentarse a él reducía aún más la frágil distancia existente entre la vida y la muerte.

La Europa del siglo VI se debatió entre las viejas y las nuevas estructuras. Por un lado, hacía muy poco que los pueblos, en otro tiempo castigados por la máquina de guerra más poderosa de los inicios de la era cristiana, habían hecho tambalear hasta los cimientos la antigua y gloriosa Roma; por otro, y sobre todo tras Constantino, el imperio había encontrado en Oriente una nueva oportunidad que tuvo su máximo esplendor durante el largo reinado de Justiniano (527-565). Éste conquistó buena parte de lo que los romanos habían abandonado ante la fuerza de otra civilización que venía del norte, al tiempo que estableció có-

digos de conducta que todavía no han podido superarse. No obstante, no debemos olvidar el papel que jugó su esposa Teodora, una emperatriz revolucionaria que, a pesar de sus actitudes tiránicas, también supo conectar con un espíritu de modernidad hasta entonces inédito.

En este momento de la historia tiene lugar nuestra aventura. El Imperio Bizantino dominaba el Mediterráneo y había establecido un poder casi místico sobre las culturas antiguas. Las tradiciones romanas disfrutaron así de una continuidad esperanzadora, pero la religión —un catolicismo excluyente dictado a base de concilios— fue ahogando legados como el griego, con todo lo que tenía de camino hacia la libertad.

El nestorianismo fue una de las herejías más perseguidas por la ortodoxia bizantina. Las dudas que habían nacido en Antioquía sobre la unión completa de la divinidad y de la humanidad en Cristo se convirtieron en un problema político cuando Nestorio fue nombrado patriarca de Constantinopla. Sus seguidores fueron expulsados del imperio, pero consiguieron un notable número de adeptos fuera de este territorio. En Persia fundaron varias academias donde continuaron sus estudios y, además de colaborar en la transmisión de la cultura griega, establecieron las bases de la medicina tal y como la conocemos en la actualidad. Una de las academias más destacadas fue la de Gundishapur, donde los griegos, los persas y los hindúes investigaban y traducían el legado de los sabios antiguos. Al mismo tiempo, se desplegaron por la Ruta de Oriente, fundando monasterios, incluso en la lejana y desconocida China.

El gran poder bizantino en el Mediterráneo fue, a pesar de todo, incapaz de extender su influencia hacia el este, donde los persas formaban una barrera infranqueable que ninguna de las continuas campañas llevadas a cabo por los emperadores del Nuevo Imperio Romano fue capaz de doblegar. El muro persa suponía un grave inconveniente para los bizantinos. Su objetivo era situarse en la ruta comercial más importante de entonces, la Ruta de Oriente. Los aranceles exigidos por los persas para que productos esenciales llegaran a Constantinopla hacían cada vez más difícil la pasión de los europeos por las sedas orientales.

Justiniano fue el emperador bizantino que con mayor resolución se enfrentó a este problema. Convencido de que las guerras con los persas no les darían la supremacía comercial en la Ruta de Oriente, usó otros métodos.

Ésta es, pues, la historia de una misión que a todas luces parecía imposible: conseguir un secreto que los chinos guardaban con celo extremo, ensanchar los límites de Occidente y demostrar que la astucia es más útil al ser humano que la violencia.

Queda en las manos del lector dilucidar qué hay de historia y qué de leyenda en las páginas que siguen, siempre que quiera acompañarnos.

Capítulo

1

*Corinto (Peloponeso)
Marzo, 551*

Desde su infancia, siempre que sumergía las telas en tintes multicolores para ayudar a su padre, el muchacho imaginaba la vida repleta de aventuras. Pero el paso del tiempo había traicionado todas sus esperanzas. En ocasiones, se le antojaba inmóvil. Nada indicaba la inmediatez con que se realizarían sus anhelos. El día que cumplió quince años todo cambió...

Padre e hijo viven en Corinto, una ciudad griega al abrigo del mar Egeo. Ha sido la patria de todos sus antepasados. En la actualidad es un lugar tranquilo. La reconquista del antiguo imperio, que lleva a cabo el general Belisario por orden de Justiniano, apenas se ha dejado notar. Las grandes batallas sólo son reales en las historias de los viajeros. Noticias que el viento puede cambiar de un día para otro.

Xenos, un tejedor célebre por sus originales procedimientos, no sospecha que su fama trasciende los límites de la ciudad. Difundida por los mercaderes persas que comercian a lo largo del Mediterráneo, ha llegado hasta el despacho desde el cual Justiniano dirige el imperio.

El día que cumple quince años, Úrian también ayuda a Xenos. Nadie más lo hace desde que se han quedado solos. Es él quien escucha las quejas de su padre. Los tejedores tienen graves dificultades en los últimos tiempos, se ven incapaces de igualar la calidad de las telas que llegan de países lejanos.

—Por mucho que nos esforcemos —insiste Xenos—, jamás ganaremos dinero con nuestro trabajo.

—¿Por qué las telas venidas de Oriente son tan perfectas? Vos siempre decís que tienen una suavidad imposible... —pregunta Úrian, que a menudo se esfuerza para llegar al fondo de las cosas.

—Porque poseen un árbol mágico, el árbol de los «seres», capaz de producir hilos de una delicadeza insuperable.

—¿Un árbol mágico? ¿Y nosotros no lo tendremos nunca?

—Nunca, si Dios no pone remedio.

Xenos permanece en silencio. Minutos después suaviza el gesto y le explica leyendas que escucha a los mercaderes llegados de tierras lejanas. Le gusta hablar con su hijo; también con aquellos que llaman a su puerta y comparten con él sus ambiciones. Es un hombre ambicioso, el tejedor. Pero los clientes, de un tiempo a esta parte, escasean.

Para olvidar sus preocupaciones se entrega al trabajo, a los instantes de felicidad que éste le aporta. Disfruta con la espera paciente hasta que el tinte llega al punto ideal para sumergir las telas. Horas más tarde, cuando las sacan de las calderas, pasan largo tiempo admirando la perfección del proceso. Xenos dice entonces que nadie le puede negar la condición de artista. Su hijo le escucha con un gesto de admiración que le ilumina el rostro y refuerza la armonía de unos rasgos aún por definir.

En ocasiones, el tejedor se queda mirando el mar, la lentitud de las barcazas o las gaviotas de procedencia incierta. Son escasas las naves de grandes dimensiones que se aventuran en el golfo de Corinto. Es entonces cuando muestra aquella expresión que tanto sorprende a Úrian. Una mirada feroz que choca con su actitud plácida.

Bajo este dilema, el joven construye su mundo. Piensa en las palabras de su padre. Intenta imaginar aquel pueblo formado por individuos altos y pelirrojos, quienes, según las historias que explican de Plinio el Viejo, extraen de los árboles la pelusa blanca que más tarde hilan y tejen. A menudo se pregunta si, a pesar de todos sus sueños, el destino que le aguarda es permanecer en Corinto y continuar con el oficio de tejedor.

Ha cumplido quince años, pero el mundo continúa inalterable.

Todavía.

Padre e hijo tardan mucho en finalizar el trabajo. Nada saben, por tanto, de lo que se habla en la taberna. De los hombres armados que se acercan a la ciudad. Este

pequeño ejército tiene una misión. Imposible pensar que está relacionada con Xenos, el hombre escogido por Justiniano para llevar a cabo sus propósitos. Secretos e inaplazables.

Úrian se duerme feliz. Han puesto fin al proceso más duro para la confección de los vestidos. Muy pronto, las clases pobres de la ciudad los comprarán a plazos o los pagarán con productos de sus cosechas. Duerme, pero las cuencas inquietas de sus ojos delatan al hijo del tejedor. Una vez más sueña con grandes aventuras, estimulado por los relatos de los comerciantes.

Mientras tanto, la inmensidad del mundo está a punto de penetrar en su propia casa.

Capítulo

2

*Palacio de Justiniano, Constantinopla
Abril, 548*

No podemos engañarnos; los médicos han dicho que me queda poco tiempo. Me muero —dijo Teodora, quien, sin la corona y con los cabellos sueltos enmarcando la blancura del rostro sobre el cojín, parecía haber perdido buena parte de su fortaleza.

—Vos no os rendiréis, Teodora. Os conozco. He mandado llamar a un médico persa, famoso por su sabiduría. Dicen que ha curado enfermedades que otros muchos doctores daban por mortales. Sólo hay un detalle que no será de vuestro agrado. Es un seguidor de Nestorio... —respondió el emperador.

Justiniano iba de un lado a otro del aposento. De vez en cuando, con la mano que dejaba libre su lujosa túnica, disponía los cojines del triclinio donde ella se debatía.